

LA SENDA PERDIDA

Por Eduardo MAULEON

Y además de aquel calor agobiante están las laceradas plantas de retama, las aliagas y esas otras que allí llaman otaberás; éstas semejando una descomunal concentración de estáticos y gigantescos erizos teñidos de verde, o punzantes cojines del mismo color. Y haciéndoles compañía, bojés agrupados en matas altas y espesas, impenetrables entre sus hojas menudas y duras y sus troncos blanquecinos y tensos. Y fresnos que se han quedado a mitad de camino en su crecer.

Y como pretendiendo hacer aún más inaccesible y segura la salvaguarda del paraje, una maraña de zarzas, revestidas con desgarrantes espinas, se cuelgan, indolentes, de las verdes o rojizas matas de los bojés o se entrelazan con las piedras calizas desparramadas por el suelo.

En este olvidado rincón de Navarra, donde la Naturaleza, resabiada no sabemos por qué razón, ha levantado ese escenario de tremenda e inhóspita rudeza, dos amigos montañeros se encuentran allí, rotos, jadeantes, miserables, intentando escabullirse, camino de la altura, de aquel laberíntico lugar en el que, involuntariamente, se han ido metiendo.

Y es que se hallan en el punto en el que el volverse atrás les produce tanto espanto, que sólo pensar en lo que han padecido hasta llegar allí, les impulsa a proseguir hacia lo que consideran que ya no puede ser peor.

—¿Ya miras si hay setas?

—¡Vete a freir espárragos! ¡Mira, anda; mira mi camisa, recién estrenada y ya con un siete como una casa! Y el pantalón con otro roto, y la rodilla sangrando, y los brazos cubiertos de arañazos y las manos llenas de pinchos. ¡Qué asco das! Yo no sé cómo no escarmiento, la verdad.

—Es que esta excursión la hacemos en honor de Juan Sebastián Boj.

—Pues tú deja de toser porque parece que el homenajeado es Tosini. Desde luego no sé cómo te las arreglas, pero me metes en cada embarcada de aúpa. No tienes ni la menor idea de lo que es el sentido de la orientación: eres más inútil que una cucaracha tripa arriba.

—¿No te estarás haciendo viejo? Yo creo que hemos pasado lo peor. Si llegamos a aquella roca a su derecha se ve más limpio. Y de allí al collado no hay nada; medio tiro de ballesta a lo sumo.

—Pues el otro medio se podía aprovechar para metértelo en la sesera; digo. Ciertamente su compañero reconoce, en su fuero interno, que la brega que



se están dando es fenomenal. Y el despiste, grande. No había duda que aquella senda, que en un principio había seguido y que abandonó por considerar la otra un atajo, era la que no tuvo que dejar, como ahora desde aquí podía observar, muy dibujada pero ya lejana.

Cuando la presunta senda terminó por hacer causa común con el intrincado paraje, jugando al escondite y perdiéndose definitivamente entre la cerrada maleza, era ya tarde para rectificar. Había que continuar monte arriba, soportando la horrible tortura que tan pródiga, en este menester, les ofrecía aquel desolado y martirizado suelo.

Matas, siempre matas llenándolo todo. Exasperante maleza forzándoles a un continuo requiebro en su persuasiva invitación de reto. Reto que debían terminar por aceptar, obsesionados como estaban, en salvar a toda costa y cuanto antes, la distancia que les separaba del ansiado collado.

Encima esas cascajeras; esa piedra menuda y blanquecina, cubriendo estrechos y alargados toboganes, que les hacen resbalar y echar mano, para no deslizarse por ellos, a cualquiera de los punzantes matojos que les rodean, es una penalidad más que deben soportar estos dos náufragos del caos ubicado en tan descalabrado monte.

La verdad es que terrenos tan hostiles como éste, y bastante peores, se prodigan mucho dentro de esta región. Existen núcleos montañosos, sierras y

montes, en los que la Naturaleza ha metido su más ingrata variedad de obstáculos para hacer de aquéllos el paraíso de lo inaccesible.

Hay montes en los que la cerrazón de la maleza, el desnivel de sus laderas, sus rocas de afiladas aristas, cascaderas desparramadas monte abajo, barrancadas empinadas, abetos y pinos aislados, perdidos entre bojés y encinos, han terminado por formar todo un conjunto de elementos afines, volcados con tanta prodigalidad y agresividad, que convierten en pura utopía la idea de alcanzar sus vírgenes atalayas.

Si nuestros sufridos amigos no se han metido precisamente en uno de estos lugares, sí están confraternizando con un pariente no lejano a ellos.

Su ruta era alcanzar el collado de la sierra para proseguir después, por una cañada que, por encima de aquélla, les había de llevar más tarde, haciendo una variante, a las cercanías del punto de salida. Lo importante, ahora que han superado aquel abrupto terreno de la subida, es encontrar dicha cañada.

—¿Está claro? Según el mapa estamos poco más o menos aquí, en este punto. La cañada está hacia el Este. ¿No ves? No puede estar lejos.

—Aquí yo no veo más cañada que la de ese vetusto hueso que debió pertenecer a algún mastodonte del Cuaternario; es decir: del último ser viviente que desde entonces, ha pasado por aquí. ¿Y sabes lo que te digo? Que rectifico aquello que te he dicho antes de la cucaracha tripa arriba. Te lo voy a poner más difícil aún: ¡Eres más inútil que una bocina en un avión! Vale.

Aquí, en la planicie de la sierra, sobre la que algunos buitres se dedican a describir incansablemente, círculos y círculos, un paisaje abandonado y abierto al cielo, nos enseña grupos de rocas, bojedales y claros convertidos en oasis de fina hierba. No hay lejanía de montañas. En su interior, un extenso campo de vegetación lo domina todo.

Habría que asomarse a uno cualquiera de sus tajantes paredones para ver, allá abajo, bosques de encinos, campos labrados y aldeas que se confunden con el color de la tierra.

—Mira, gamberro; aquí tenemos la cañada.

—¿Y qué demonios se mete esa gente con sus ovejas por estos sitios? Porque cuidado que esto es inhóspito.

—Es la ruta más cercana al Pirineo. En el camino tienen sus pastos y sus balsas. Sin estas vías o pasos tendrían que ir por los valles esquivando los campos de labranza. Y para cruzar los ríos habrían de dar unas vueltas tremendas. Por aquí apenas pierden desniveles y desviaciones hacia sus puntos de concentración. Además ahora, como ocurrió con la madera respecto a las almadías, casi todos los rebaños de ovejas las traen y las llevan en camiones. Las cañadas, hermano, no tardarán en quedar absorbidas por la vegetación. Perdidas para siempre.

—¿Les ocurrirá como a tu inventado camino por el que me has hecho subir? Pues avísame cuando esto suceda. Porque ya me vas a pillar, ya...